

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Esta Asociacion no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sahemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

DISIDENCIAS POLÍTICAS Y DINÁSTICAS.

Deplorable espectáculo ofrecen en España los partidos revolucionarios, incluyendo en ellos como es justo á los conservadores de la revolucion, es decir á los que toman por base la de 1868; pero mas deplorable y hártito mas trascendental para el porvenir de nuestra patria es el que se descubre, no sé si por falta de voluntad ó de habilidad para ocultarlo, en los partidos restauradores. Aquel por lo menos en medio de los males y de la vergüenza presente haria concebir esperanzas de su corta duracion, si este no viniera fatalmente á destruirlas. Nada tiene de grato por consiguiente volver la cabeza ácia el flanco derecho y fijar en él la atencion, tanto mas no siendo fácil ni apenas dable traer á sus mal avenidas huestes la concordia necesaria ni á las causas que paralizan sus esfuerzos el remedio definitivo: sin embargo, las dificultades no se desvanecen cerrando los ojos ó pasándolas en silencio, y aun cuando nada se prometieran conseguir el celo y la perseverancia para disminuirlas en lo que cabe, la imparcialidad y la buena fe exigirian consignarlas.

Sin el prolongado litigio dinástico, que aun despues que cesó de debatirse por las armas continuó inextinguible en opiniones y sentimientos, no será esplicable á la posteridad ni lo es á los contemporáneos la caída de Isabel II. A pesar de las desventajosas condiciones del sexo para reinar, del cambio funda-

mental de instituciones introducidas á su advenimiento, del impulso dado por el parlamentarismo á la prepotencia de los partidos y á la audacia de las ambiciones personales, de la perenne infiltracion de ideas y pasiones revolucionarias de cada vez mas subidas, el trono conservaba solidez bastante contra embates aun mayores, si la legitimidad de quien lo ocupaba hubiera sido desde el principio pacífica y universalmente reconocida. Pero esas raices del derecho, único apoyo que á la vez sostiene y vivifica, la revolucion las halló quebrantadas unas y secas todavía en mucha parte por la mortal contienda, y por esto logró derribarlo. La que hubiese sido reina de todos los españoles, la que fuera considerada por unanimidad é indiscutiblemente vástago principal de la estirpe de los Borbones, ¿creeis que se la pudiera lanzar tan sin resistencia de la leal España, ó que dada una fugaz sorpresa, no hubiese ya sido restituida al solio de sus mayores? Pero los que en ella solo veian por conviccion mas ó menos propia y razonada un poder *de hecho*, agregándoseles algunos que no juzgaban viable su restauracion con el sistema seguido hasta entonces, volvieron los ojos al que con secretos ó públicos homenajes no habian dejado de acatar como *de derecho*: renacieron antiguos compromisos y esperanzas; y ya que el movimiento liberal daba hecha la vacante, cuya responsabilidad y peligro era para aterrorizar á todo buen ciudadano, se trató de aprovechar-

la en sentido opuesto con la pretension de restablecer en la cuestion política el orden y en la dinástica la justicia.

Tenemos pues desde 1868 dos legitimidades, aparte de la oficial calificada por sus propios confeccionadores, siempre dispuestos con la mas leve ocasión á retirarle el título; tenemos dos cortes en el extranjero, dos líneas de fidelidad y consecuencia, generoso culto á dos desgracias diferentes: y haciéndonos cargo de cuanto escasean en esa época degenerada tales principios y sentimientos, y mas despues de tres años de pruebas penosas y de ilusiones mas vagas de cada dia, se comprenderá cuanta desgracia seá para el país que marchen en desacuerdo y no converjan en un mismo foco. ¿Qué digo *desacuerdo*? hostilidad irreconciliable los pone en pugna, sin que tengan nada que echarse en cara el uno y el otro bando en punto á intransigencia; y en vez de juntar sus fuerzas para oponer de pronto un dique á la corrupcion, al descreimiento, á la anarquía que nos invade, se entretienen (*mal pecado!* diria Mariana) en imputarse recíprocamente la culpa de estos males y en considerar como el complemento de todos ellos el triunfo del competidor, que el odio á veces les pinta harto inminente, y á veces un desden no menos injusto les hace ver harto imposible. Primero que consentirlo, han dicho unos y otros, la revolucion, primero segun la frase de moda *el petróleo*. Que en fundadas pretensiones á la corona y en adhesiones dirigidas por el deber, la avenencia es punto menos que imposible «mientras no sea la legitimidad un vano principio y un vano sentimiento la lealtad (*)» lo tengo por irrefragable; que la ocasion de llevarla á cabo se perdió en 1846 para no renacer sabe Dios hasta cuando, lo he recordado mas de una vez; que son deshonrosas é infecundas las alianzas bajo ciertos pactos, como absurdas son las fusiones de derechos inalienables é imprescriptibles mientras se interponga heredero, se revela al mas vulgar pundonor y al mas trivial conocimiento de la ley: pero no veo á qué conduzca la anti-

cipada disputa de lo que no se posee y se halla ocupado por un comun enemigo. Enhorabuena que no quepa transaccion; pero ¿no cabrá mútuo respeto, siquiera durante la desgracia, entre los leales á sus respectivas convicciones?

Y se lo profesarian sin duda, y las querellas aunque reñidas serian francas y caballerosas, si las disidencias políticas no viniesen á agriar las dinásticas, presentando bajo un aspecto como enemigos de un orden estable ó de una prudente libertad, como primeros autores de los trastornos de la nacion ó como rémora de sus adelantos, como adulteradores de las sanas doctrinas ó como farisáicos monopolizadores, y de una ú otra manera como espúreos hijos de la patria, á los que bajo el otro aspecto reconocieran por honrados campeones, equivocados aunque de buena fé en sostener su bandera. Empeñados en combatir los dos partidos, y cual si creyesen aumentar sus fuerzas buscando diferencias en vez de semejanzas, evocan grandes nombres, se apropian grandes ideas, establecen relaciones arbitrarias entre ellas y la causa que sustentan, y se forjan una jerga convencional para discernir á sus adeptos y escluir á los que reusan admitirla.

No seré yo quien niegue la trascendencia de los sistemas políticos á los intereses sociales, ni hasta los juzgue de todo punto desligados de la verdad religiosa; pero entre los que reverencian una legitimidad, sea en quien fuere, y á su adhesion se sacrifican, no sé encontrar una radical oposicion de principios. Mientras sean sinceramente monárquicos, mientras aunque decididos en favor del gobierno representativo no se crean en el caso de exigirlo con el motin ó de derribar al soberano que lo regatee, mientras por otra parte no se juzguen autorizados á retirar la obediencia al rey que establezca una constitucion aunque sean de contrario voto, yo no sé ver entre parlamentarios y tradicionalistas cuestion de principios sino de formas. ¿No aceptan los unos la *representacion nacional*, conforme á la indicacion de su gefe y al bosquejo del mas autorizado de sus publicistas? ¿No proclaman los

(*) *Reconciliaciones y fusiones*, núm. 136, pág. 251 de este tomo.

otros un derecho hereditario derivado de leyes preestablecidas, que rebeliones no matan, ni plebiscitos destruyen? Al pié del trono legítimo, árbitro de escoger el régimen mas oportuno, vienen á conciliarse todas esas controversias y aficiones que tienen mucho de teóricas; como en la invariable enseñanza de la Iglesia, mucho antes de que se publicase el *Syllabus* que como indica el nombre no hizo sino compilar declaraciones dictadas muy de antemano é incluidas sustancialmente en la doctrina católica de todos tiempos, se acrisolan y deponen su escoria revolucionaria las decantadas conquistas del siglo, no conservando sino lo que encierran de aceptable y beneficioso para los pueblos.

A las disensiones pues, tan irremediabiles hoy por desgracia, que casi llevan ya medio siglo entre las dos ramas Borbónicas y que con su espulsion mas bien recrudecen que se calman, dividiendo las voluntades y las fuerzas anti-revolucionarias del pais, no añadamos ó no abultemos otras, suscitando antagonismos en los principios y sentimientos comunes á todos los buenos españoles y en cuyo fomento estriba toda esperanza de regeneracion. Porque reine divergencia en punto á la legitimidad dinástica, ¿se ha de establecer tambien incompatibilidad en las ideas políticas y hasta en las creencias religiosas? ¿Habrá dos clases de monárquicos y dos clases de católicos, que mutuamente se nieguen este dictado y se hostiguen con severos cargos é injuriosas desconfianzas? Y aun al coincidir sus esfuerzos en defensa del bien y de la verdad, ¿no podrán felicitarse de este acuerdo, sin insinuar recelos ó desenterrar antecedentes que desvirtuen la sinceridad de sus cooperadores, como si en vez de auxiliares prefirieran hallarlos enemigos? No; por mas que los partidos y hasta los hombres públicos individualmente se presten demasiado á justas recriminaciones, por mas que todos, quien mas quien menos, hayan preparado el desorden actual, por mas que apenas hay quien se exima del contagio de racionalismo é insurreccion de pensamiento ó de obra, no consentire en tildar de hipocresía la fé, la lealtad, el

amor á la antigua España, ni en creer tampoco que se hayan guarecido en un solo bando. La rigidez de las doctrinas no está reñida con la caridad en calificar las intenciones, ni exige dar por sospechosos á los que tal vez solo pecan de inadvertidos.

Lo que resulta es que cuanto mas se atrincheran y deslindan entre sí los campos, en vez de aumentar disminuyen. A medida que toman mas subido color los partidos, á medida que afectan en sí solos mas jactanciosa confianza para avivar el entusiasmo de sus filas, tienen mas desertores que reclutas; diríase que pierden en estension lo que ganan en intensidad. El exclusivismo retrae, los desengaños se multiplican; y de las bajas procedentes de uno y otro vá formandose un gran residuo, que no sentiríamos ver crecer de cada dia, si á la vez que neutral en política, no corriera el peligro de irse haciendo indiferente al interés de la religion y de la patria, y de volverse, no precisamente revolucionario, sino una masa inerte y dócil en manos de la revolucion.

J. M. Q.

LA RELIGION EN LAS INSTITUCIONES POLÍTICAS.

III.

Tarea sobrado larga la de recoger en la historia datos irrecusables para demostrar la bienhechora influencia del cristianismo, infiltrado en las sociedades modernas, para salvarlas de riesgos que les amenazaban con repentina disolucion. ¿A qué invocar el testimonio de los hechos? Lo que es indudable en el órden intelectual, nunca tiene en contra de sí la esperiencia. Aun cuando, por falta de acontecimientos, nunca se hubiese visto al cristianismo desplegar en las grandes crisis todos los recursos de su intrínseca fuerza para salvar á las sociedades que estaban bajo su tutela, jamás pudiera desconocerse la eficacia de su accion lenta, incesante, imperecedera para precaver los estragos de los elementos destructores que poco á poco en ellas se introducen. Podria ser muy bien que faltasen hechos históricos para comprobar una verdad; pero establecida ésta, los sucesos tienen un carril prefijado, un camino mas ó menos ancho del cual

no pueden desviarse para contradecirla. La historia parece fatalista, porque es la sancion terrena de un orden providencial.

El cristianismo se construyó con las ruinas del imperio romano, sociedades que se habían desmoronado á causa de un sacudimiento espantoso, y desde luego les infundió un jugo de vida que las ha conservado por una larga serie de siglos. Para efectuar esta regeneracion no eran estrictamente necesarias las mismas condiciones que para una creacion primitiva; así es que la teocracia no fué completa; y ni siquiera se da este nombre al gobierno de aquellos jefes militares, de repente convertidos en reyes y fundadores de poderosas monarquías. No se reunieron la frámea y el báculo en una mano para formar de todo un cetro; pero los bárbaros que humillaban su corona ante la cruz, entrando en el seno del catolicismo, no podían desoir la voz de los obispos que les habían abierto los ojos del alma y domesticado la fiereza del corazón. No podían desechar los consejos de los que poseían los restos del saber antiguo, y mucho mejor que ellos conocían la dirección de los negocios, las necesidades de los pueblos y las leyes de la justicia. Leones amansados, seguían el camino que les señalaba su conductor indefenso, quien no tenía más poder que su palabra, y á quien podían destruir con solo levantar una de sus garras. ¡Tristes, tristísimos resultados cuando de este camino se apartaron! Pero si los obispos no tomaron más parte en la dirección de la sociedad civil, fué porque espontáneamente reconocieron que no era aquel su ministerio. La Iglesia fué la primera en distinguir el poder temporal del poder espiritual; distinción que había aprendido de su divino maestro, quien la consignó en una frase que pudiera envidiarla el más enérgico laconismo: *Quod est Cæsaris Cæsari... quod est Dei Deo.*

El espíritu cristiano fecundando el principio social, ha prestado el más firme apoyo á la autoridad templada y razonable de los poderes políticos, al mismo tiempo que reclamaba de estos protección y amparo. Las sociedades, reposando en la doble base de un sistema religioso ya perfecto y de unos sistemas políticos que, á pesar de pasajeras vicisitudes, seguían lentamente una marcha progresiva, tenían asegurada su conservación en la conformidad y mutuo apoyo de ambos sistemas. Su comun des-acuerdo producía gérmenes disolventes, su lucha preparaba síntomas mortales, su paz devolvía la estabilidad y la vida. Las oscilaciones debidas á su momentáneo desequilibrio, poco tienen de extraño si se consideran las dificultades que ofrece la apli-

cacion material de las doctrinas, y los obstáculos en que tropiezan las teorías descendiendo al terreno práctico de los hechos. Por esto son tan poco filosóficas como quisquillosas las declamaciones contra el principio religioso, por la preponderancia que tal ó cual vez haya ejercido. Sostenedores de ideas generales, no bajaremos á defender casos aislados, hechos individuales, que á lo más fueran pasajeras anomalías, hijas de la mala interpretación de aquellas. Con todo no podemos menos de notar que rarísima vez ha sido agresor el poder espiritual; casi siempre se ha visto rodeado de espinosas circunstancias, ha sido inspirado por el sentimiento de la propia defensa, y nunca ha violado esencialmente el principio de la distinción establecida. Además, ¿no tiene también él graves quejas que exhalar por funestas invasiones en sus dominios exclusivos? ¿A qué, pues, estériles reconvenciones? Cuando no fuese posible justificar, por desgracia es muy fácil redargüir. Atendida la ignorancia de los tiempos, ¿qué prueba el que dos ruedas tan complicadas no siempre engranasen perfectamente? ¿Quereis quitar una rueda para mejorar la máquina? Esto sería destruirla.

Un conjunto de ideas religiosas aunque erróneas hemos visto que es indispensable para la formación y conservación de las sociedades; pero lo que es perfeccionarlas, esta gloria está reservada únicamente al cristianismo. El verdadero progreso social no desplegará un estandarte que no esté bordado con la insignia de la Redención. La cruz es el blason heráldico de las naciones civilizadas. ¿Qué es lo que pedimos para el mejoramiento de los sistemas políticos que deben regirlas? tan solo que estén impregnados de ese divino elemento que nos han traído las manos del ungido de Dios. ¿Cómo perfeccionar la sociedad prescindiendo enteramente de la perfección del individuo? No se ataree en vano la razón para resolver este problema: trabaje de comun acuerdo con la fe, que esta no ha de poner estrecho coto á sus teorías. La sociedad es á la par creyente y racional; el sistema que la rija no basta que sea pasto esclusivo de la razón. Relegar el sentimiento religioso al corazón del individuo, pretender que como lámpara solitaria alumbre nada más que el recinto de este santuario, es aislar al hombre y desmenuzar la sociedad para mantenerla unida con una ligadura sola más ó menos suave, más ó menos opresora. El espíritu del cristianismo nutre, vivifica y perfecciona las facultades morales del hombre; lo mismo debe hacer en el sistema que abarca y dirige á toda

la sociedad. Si el perfeccionamiento de esta consistiese únicamente en nuevos descubrimientos científicos, en progresos industriales, en la explotación y refinamiento de los goces propios de los sentidos, enhorabuena que la idea cristiana dejase de intervenir en las instituciones meramente políticas; pero hay mas objetos á que atender, mas necesidades que satisfacer, mas vacíos que llenar. ¿Creeis que basta la sola razon, sin que la anime el espíritu de cristianismo? La religion no ha de ser la hiedra que con estrechos lazos oprime y deseca el árbol en que se apoya; pero el sistema político debe ser una vid, que en brazos del árbol secular trepa majestuosa, se desarrolla libremente, y se cubre de pomposas hojas y sazonados frutos.

Y eso es tanto mas fácil cuanto que el cristianismo ningun sistema rechaza, á no ser los que descansaren en principios opuestos á la pureza de sus doctrinas, á la santidad de sus preceptos, á las aplicaciones prácticas del espíritu de caridad que altamente ha proclamado. Inmutable en su esencia, contiene un influjo maravilloso que se adapta á todos los progresos sociales que no violen las leyes de la justicia, ni rompan los vínculos de la humanidad, ni subleven al hombre contra la dependencia debida á su Hacedor. Pocas formas políticas inventará la imaginación del hombre, desde las mas estrictas hasta las mas amplias, que no puedan estar acordes con el espíritu del cristianismo. La obligación del legislador es buscar, su dicha encontrar esta armonía. Pero cuidado con violentar los textos sagrados para convertirlos en máximas políticas. Pudo un tiempo hacerlo de buena fe el mal gusto literario, despues lo han probado miras siniestras que no queremos calificar. Escusable era este abuso del ingenio cristiano; detestable este ardid del talento incrédulo. Jesucristo no bajó para establecer una forma política determinada, sino para enseñar al hombre individual, y depurar así y perfeccionar la sociedad entera. El evangelio es el código del corazón, no la constitución política de un estado.

El cristianismo, circulando como sangre en las venas del cuerpo social, animando con su espíritu las instituciones políticas de las sociedades europeas, les ha dado una larguísima vida, mucho mas larga de lo que á primera vista parece. El tiempo anda á pasos desiguales: una misma medida cambia de valor segun las diversas épocas á que la aplicamos. Las revoluciones históricas no se verifican al compás de las astronómicas, y el cronómetro moral que las aprecia es desemejante al mecá-

nico instrumento que sigue inalterable su carrera. La velocidad moral del tiempo se parece á la de una piedra que se desploma: para algunas épocas un año era un dia, para la actualidad no será exagerado decir que un año equivale á un siglo.

No queráis arrancar el cristianismo de las instituciones que ligan la sociedad: no queráis sangrar el cuerpo social á pretexto de que su sangre ha envejecido. Ello es imposible, porque está mezclada con la sangre del Redentor. Un tiempo se creyó que la sangre de un niño trasfundida en las venas de un decrepito podia rejuvenecerle, y la muerte era el resultado de esos temerarios experimentos. No queráis sangrar el cuerpo social, para introducir en sus venas un jugo químico, un elixir confeccionado en el laboratorio de la razon. No le sangreis, porque se os quedará cadáver entre las manos. Podreis quizá galvanizarle por unos momentos, podreis embalsamarle para retardar su disolución; pero no podreis resucitarle sino le devolveis la sangre que lo vivifica.

Recapitulando lo espuesto, decimos que para la formación primitiva de las sociedades era indispensable la amalgama de las ideas religiosas con las instituciones políticas; para su conservación y desarrollo conviene la división de ambos sistemas, pero es preciso que mutuamente se apoyen: mas para conducir las por las verdaderas vias de progreso y de perfección, sean cuales sean las formas políticas que se adopten, es de todo punto imprescindible que sus instituciones estén impregnadas del vivificante espíritu del cristianismo.

T. AGUILÓ.

CRÓNICA.

Al *Pensamiento Español* escribe entre otras cosas su corresponsal con fecha de 28 del pasado: «Su santidad, que sigue en perfecto estado de salud y fortaleza, ha recibido en estos días, con motivo de las fiestas de Navidad, numerosas é inequívocas pruebas de que Roma es siempre suya, y que Víctor Manuel y sus buzorros no son mas que unos extranjeros detestados. El día 23 á las once recibió en la sala del Consistorio secreto á todos los empleados de los antiguos ministerios, hombres tan llenos de honor como de religion, y á quienes oro y promesas de los *galantuomos* no han podido hacer entrar al servicio del excomulgado. En su nombre dirigió el Sr. Fosi al pontífice un entusiasta mensaje, y fué contestado con no menos valentía. El 24 á la misma hora y en igual punto se reunió toda la nobleza romana, llevando á su frente al marques de Cavalletti senador de Roma, audiencia que ha llenado de cólera á los buzorros y á la mujer de D. Humberto que ven desiertos sus salones... agenos. Adjuntos envío el mensaje y la contestación del gran Pio IX, dignos monumentos que registrará con placer la historia. El 25 celebró su santidad las tres misas, á las siete, ocho y media y once y media; y á

medio día se presentó el cuerpo diplomático, distinguiéndose entre todos los embajadores el de Francia conde D'Harcourt, por el lujo de tren de rigurosa gala, con varios coches de respeto y multitud de jefes y oficiales franceses de mar y tierra, de uniforme y con numerosas condecoraciones. Entre estos embajadores, que felicitaban de todo corazón al papa, se halló también uno que hacía de tal en nombre de España!

«Dadas al pontífice estas prendas de fidelidad en el secreto de la prision vaticana, Roma dió en público otras del luto que la affige. Desde bien temprano en la noche del 24, cuando un tiempo verdaderamente primaveral y sereno convidaba á la expansion de noche buena, las calles aparecieron desiertas; los habitantes reunidos en familia cantaban al niño Dios en oratorios improvisados, y en la imposibilidad de demostrar su fé en las iglesias, muchos obtuvieron de la bondad del pontífice permiso para que se celebrara en las casas la alegre *Misa del gallo*. Todas las iglesias estaban cerradas y solo se cantó la misa en algun convento de frailes ó de religiosas, sin asistencia de fieles.

«A la prensa revolucionaria de Roma le duele que ayer 27, santo de Pio IX, fueran á inscribirse en su álbum puesto en la antecámara pontificia sobre doce mil personas, y esto lo juzga un retroceso y manifestacion política de los constantes enemigos del orden público, ó de cuatro sacristanes, como diria Posin, si Dios no le hubiera cortado la lengua. En efecto, no son doce mil, ni cuatro: vista la imposibilidad de dar audiencia á todos los romanos, se ha satisfecho su lealtad con el álbum, y á la hora en que escribo pasan de treinta mil las felicitaciones.»

La preciosa alocucion que pronunció Pio IX en contestacion á las numerosas comisiones que fueron á felicitarle el 24 de diciembre, dice así:

«Las felicitaciones que el marques de Cavaletti senador de Roma me dirige en nombre de todos los verdaderos ciudadanos romanos, manifiestan perfectamente nuestras esperanzas, y estas esperanzas son tan vivas, que en ello veo una señal de que serán cumplidas, porque no puede ser confundida la esperanza fundada en Dios. Dios, un día ú otro, se acordará de sus misericordias.

«Recordad lo que dice el evangelio acerca del tiempo y de las circunstancias en que se cumplió el gran misterio que celebraremos mañana. El mundo y el imperio romano estaban sumidos en el mas sombrío abismo del error y de la impiedad: todos los pueblos eran presa de la corrupcion; y los hombres honrados y piadosos esparcidos por el imperio, suspiraban por el fin de tantos males, y confiando en la divina promesa del futuro redentor, decíanse en su corazón: «Cielos, dadnos vuestro rocío; nubes, lloved al justo.»

«Entonces fué cuando Augusto, que gobernaba el mundo, mandó hacer el censo de todos los habitantes de su imperio; y en un rigoroso invierno el patriarca San José con su castísima esposa la Virgen Maria, partió de Nazareth para ir á inscribirse segun la orden del emperador, la cual hizo patente que la palabra de Dios no pasa. Jesucristo, el Verbo Eterno, nació entonces en Bethleem.

«Nuestra esperanza se avivará si comparamos lo que ahora pasa con lo que entonces sucedió. Roma, sede de la religion, de la verdad y de la justicia, es hoy presa de la iniquidad y ha llegado al colmo de los infortunios. En públicas escuelas se enseñan la incredulidad y la impiedad; hombres perversos procuran propagar el protestantismo, y se cometen todo género de abominaciones que no es necesario mencionar. Hoy se quiere hacer el censo de la poblacion como lo queria Augusto, que ciertamente no sospechaba que entre los súbditos de su imperio iba á aparecer el Redentor del mundo.

«No desmayemos: siendo nuestras circunstancias semejantes á las de los siglos pasados, podremos ver la reparacion. Y nuestra esperanza debe ser mas grande. En tiempo de Augusto habia pocos buenos que orasen, y hoy todos vosotros elevais el corazón á Dios; y esto que sucede en Roma, sucede lo mismo en Italia, en Europa, entre los fieles del mundo entero.

«Este deseo justo y santo de ver cambiar rápidamente el horrible aspecto del mundo, nos da esperanza, por lo mismo que coincide con el censo de poblacion.

«Debemos esperar en la fé de los pueblos y en la union y concordia de los buenos. Esperemos, sí, en esta concordia, y tengamos confianza en que Dios nos consolara. Há ya muchos siglos que un hombre lleno de valor y de energia bajó de las montañas de Asturias, y poniéndose al frente de un pueblo animado de fé viva y eficaz, pudo, él por su constancia y el pueblo por su fé, libertar á España del yugo musulman y convertirla de nuevo en un pais cristiano y notable por su católico fervor.

«Esperemos pues en la fé y en la religion de los pueblos, esperemos que se repitan prodigios semejantes, y para conseguirlo orad incesantemente conmigo, pidiéndoselo al Señor para que se acuerde de sus misericordias.

«Yo levanto mis manos al cielo y digo: Señor, esta propiedad es vuestra, vos la habeis plantado y regado con la sangre de los apóstoles y de los mártires, la habeis cultivado con la pureza de las doctrinas y la santidad de los ejemplos de tantos hombres como le habeis enviado. ¡Dios mio! dirigidnos una mirada de piedad, bendiga vuestra diestra á un pueblo que lo espera todo de vos! Bendecidle en sus familias, y que esta bendicion lleve la paz á los hombres de buena voluntad, la paz celebrada por los ángeles! Bendecid á estos fieles que me rodean, y á todos los que en el mundo trabajan por conseguir el término de estos males: bendecidlos en este momento, durante su vida y á la hora que sean dignos de alabaros por toda la eternidad.»

El día de san Juan apostol; santo de Pio IX, el papa recibió en la sala del Consistorio el homenaje de sus fieles tropas que habia ido á presentarle el general Kanzler. El papa estaba rodeado de catorce cardenales, de muchos prelados, de príncipes romanos y de muchos personajes de la ciudad. En la concurrencia se notaban ademas veinticinco marineros franceses que reciben la instruccion en las aguas de Civita-Vecchia á bordo del *Orenoque*. Al ver este pequeño grupo de marineros representando el poder marítimo de una gran nacion, Pio IX conmovido lo bendijo amorosamente. El general Kanzler tenia á su lado al general marques de Zappi venido espresamente de Florencia, y al general Courten venido de Suiza. Detras de ellos estaban los soldados de la antigua reserva, compuesta como es sabido de 250 oficiales hijos de familias romanas, gloriosos restos del heróico ejército que se llenó de gloria peleando por la causa de la Iglesia en Castellidardo, Bagnorea, Monte-Libretti, Mentana y Roma.

Quando el papa apareció á las doce y media, todos estos bravos oficiales se arrodillaron silenciosos y conmovidos. Pio IX, despues de bendecirlos, se sentó en el trono. El general Kanzler se le acercó, poniendo de nuevo la rodilla en tierra. En seguida leyó con voz clara y firme un precioso mensaje, manifestándole la inquebrantable adhesion y fidelidad de su ejército.

Pio IX respondió con una alocucion, de que la *Voce della Verità* dice que no puede dar mas que un pálido resumen en estos términos:

«Con gran alegría recibo la espresion de los sentimientos que en nombre de todos vosotros acaba de manifestarme el general Kanzler ministro de las armas. Sus palabras interpretan en verdad dignamente los sentimientos de honor y fidelidad que os animan, y al tratar de contestarlas viene á mi mente el recuerdo de dos hechos gloriosos; pertenecen á la historia profana, pero se os pueden aplicar utilmente á vosotros. El primero es la famosa retirada de los diez mil griegos, que obligados á abandonar la lucha, pudieron por su fidelidad y constancia ser conducidos por su general á través de largos y penosos obstáculos á su patria, donde pudieron prestar nuevos servicios. El otro se refiere á la historia romana, y es el hecho de aquel glorioso capitán que por sostener firmemente la mala fortuna obtuvo del senado la célebre alabanza de que no habia desesperado de la patria. El primer ejemplo nos da la medida de la

firmeza de vuestra conciencia, y en el segundo podeis hallar un motivo de consuelo.

»Habeis rebusado uniros á un enemigo con el que no podiais tener nada comun, porque combate estos sentimientos de fidelidad á los principios de la justicia eterna, de que habeis querido ser y espero que sereis constantes defensores. Los enemigos de la santa sede temen estos sentimientos. Temen á los sacerdotes, temen á los buenos católicos, temen la predicacion de la palabra de Dios, y no temen á las sectas que corrompen las entrañas de la sociedad, minan los tronos y quebrantan el orden social.

»Para que en este gran combate entre el bien y el mal el Señor os guarde fieles á los sentimientos de que estais animados y de que habeis dado tan nobles pruebas, invoco sobre vosotros la bendicion de Dios. Descienda para conservaros consecuentes con vosotros mismos, y llene de bienes á vuestras familias. A ellas y á vosotros continuaré dando socorros en la medida que me permita mi pobreza, y espero que no os faltarán jamás. Con toda la efusion de mi alma os doy la bendicion apostólica, y pido al Señor que la haga eficaz para el tiempo y la eternidad.»

Aquel puñado de valientes cayó prosternado, poseido de la mas viva emocion. El general Kanzler se acercó al papa y besó su mano, haciendo lo propio los demás generales y oficiales. Pio IX se retiró luego en medio de las entusiastas aclamaciones de la concurrencia.

El papa pronunció el 28 de diciembre, fiesta de los santos Inocentes, una importante alocucion sobre los peligros que halla la generacion actual en las escuelas perversas que los enemigos de la Iglesia trabajan por fundar en todas partes, y sobre la necesidad de combatir enérgicamente este gran mal. El citado dia se presentaron en el Vaticano los colegios de los prelados á ofrecer á Pio IX sus respetuosos y filiales homenajes de amor y fidelidad. Al discurso que le dirigió el cardenal Sacconi prefecto de la signatura, contestó el papa con una alocucion que la *Voce della Verità* declara no puede reproducir sino imperfectamente:

«Es muy verdadero todo lo que acaba de decir el cardenal sobre la situacion presente de Roma y los males que la afligen. Yo añadiré algunas palabras sobre el suceso á que se refiere la festividad del dia. Esta nos revela cómo el Redentor del mundo, para salvar la vida, escapó de las manos de hombres crueles. En el antiguo testamento vemos que cuando un rey judío buscaba á Elías para prenderle y causarle el mayor mal posible, el profeta elevó su oracion al cielo, y bajaron llamas que redujeron á cenizas la cohorte de satélites enviada para apoderarse de él. El nuevo testamento nos dice que otro rey judío envió sicarios para apoderarse del niño Jesus y que este huyó á Egipto. Elías se salvó por el fuego, Jesus por la fuga: aquí hay un gran misterio.

»El rey bárbaro hizo derramar la sangre inocente de los niños. ¡Oh qué dolor el de las pobres madres! Desdichadas! Cuál debió ser su desolacion! Hoy tambien muchas madres derraman lágrimas amargas, y gimen de angustia por sus hijos espuestos á la perversion de los errores y de la impiedad, que enseñan maestros animados por el espíritu del mal. Ellas deploran inconsolables, la terrible desgracia de enviar sus amados hijos á estas escuelas infernales, de donde saldrán pervertidos y degradados.

»A vosotros corresponde proveer á tan gran necesidad, en cuanto sea posible por vuestra accion y vuestro auxilio. Yo no sé si el auditor de la Rota por Francia se halla entre vosotros; si está, quisiera ver con él á todos los obispos de Francia para dirigirles la palabra. Su pensamiento y sus cuidados se reducen á dos santas obras: socorrer á los huérfanos que ha hecho la última guerra, y salvar á la juventud del torrente de los errores abominables que enseñan los enemigos de Dios. Se dice que los Renan y otros hombres de este género vuelven á obtener consideracion. Este seria el mayor de los males, si la juventud llegase á ser pervertida por sus infames escuelas.

»En estos momentos en que las olas agitadas por la gran tempestad parecen apaciguarse un poco, socorran los

obispos, estos doctos, piadosos y fieles servidores de Dios, socorran á los huérfanos, pero consagren tambien todo su poder á salvar á los jóvenes de la inundacion de los errores pestilentes, procurándoles medios de aprender las verdaderas y santas doctrinas. Para lo uno y para lo otro, unan sus esfuerzos, á fin de que, *collatis consiliis*, puedan mas seguramente conseguir este gran objeto.

»Y vosotros que me rodeais, trabajad tambien por salvar á los hijos de tantas desgraciadas madres de un peligro tan espantoso. Esforzaos por conseguirlo, consagrandó á esta buena obra todos los subsidios que os permitan vuestros recursos. Debeis estar convencidos de que importa sobre todo salvar á la juventud de las doctrinas que propagan los perversos. Elevad á Dios con esta piadosa intencion vuestras oraciones, como yo elevo las mias. Orad no solo por esto, sino por cuanto puede contribuir á remediar los males tan grandes que afligen al mundo, y á los cuales espero que se dignará el Señor poner pronto término.

»Respondiendo á vuestras súplicas, Dios os bendecirá en su misericordia, bendecirá á vosotros y á vuestras familias, vuestros deseos y trabajos, como yo os bendigo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»

El dia 4 del actual recibió el Papa en audiencia particular á los párrocos de Roma. El de la iglesia de los santos apóstoles leyó en nombre de todos un bello mensaje, á cual contestó Pio IX con una alocucion que la *Voce della Verità* resume en estos términos:

«Con júbilo he escuchado lo que en su nombre y en el de todos sus colegas acaba de decir el cura de los santos apóstoles: los pastores, como él ha dicho, fueron inducidos por la voz del ángel á ir á Bethleem y ver lo que allí habia pasado, y encontraron al Niño-Jesus, á su Madre y á san José en gran abandono y pobreza.

»Vosotros tambien, hijos míos, habeis venido á verme en estos hermosos dias. En cuanto á la gruta y al abandono y pobreza exterior del Niño-Dios, no puedo en verdad serle comparado, porque aunque estoy aquí encerrado, lo estoy con alguna comodidad. Pero vosotros habeis venido á venerar en mi persona la del Niño-Jesus, de quien soy vicario. Ved cómo Dios en su providencia sabe disponer la vida de los que ama, segun lo hizo por María y san José. Ni siempre en la alegría, ni siempre en la tristeza: un dia un momento de consuelo, y despues otro dia otro momento de tribulacion.

»Por eso tenemos paciencia en la adversidad de los dias presentes, en esta época en que, como decís, vais ejerciendo con lágrimas en los ojos vuestro ministerio, hasta que llegue el dia que pobres mortales ignoramos, en que Dios use de su misericordia. Tened pues paciencia, mis queridos hijos; yo sé que necesitais mucha. Insistid en la enseñanza de la doctrina cristiana. Las escuelas que abris son una gran cosa, y estoy muy contento por los frutos que producirán, porque los niños podrán aprender en ellas las máximas de la religion y de las buenas costumbres.

»Ahora, os bendigo de todo corazón á vosotros y á vuestros feligreses, y bendigo vuestros trabajos y vuestro celo, para que continueis cumpliendo dignamente vuestro santo ministerio.»

Aumenta de cada dia la sensacion causada por la dimision que ha hecho el obispo de Orleans como miembro de la Academia Francesa; con motivo de haber sido admitido en ella Mr. Littré adalid del ateismo y socialismo, cuya candidatura triunfó gracias al incomprensible apoyo de Mr. Thiers, y lo que es mas, de Mr. Guizot. La Academia no ha querido aceptar la dimision; de todas maneras el ilustre prelado, á quien no se tachará de desconocer al siglo, ha dado un singular ejemplo de firmeza muy necesario en esa época de indignas transacciones y cobardías. El papa le ha felicitado por este acto con el breve que sigue:

«Venerable hermano, salud y bendicion apostólica: En medio del olvido de la fé y del naufragio de las virtudes cristianas, es un consuelo ver los actos que inspiran el celo verdadero y el interes por la religion. El que reflexiona y pesa cuánto importa romper con la iniquidad y huir del

ateísmo, no debe temer las vanas censuras del mundo, porque sigue con fervor las inspiraciones de su cristiana conciencia.

Te damos gracias, venerable hermano, por el paso que has dado, negándote á pertenecer á una corporacion que admite en su seno una de esas almas pervertidas, de las que dice san Marcos: «No ven las tinieblas de su conciencia y llevan con orgullo su ignominia»

El escándalo ha sido rechazado, y has condenado los sufragios de tus colegas, desde el momento en que has visto que lo mismo eran para el talento esclarecido con las luces de la Iglesia, como para los que se hallan infestados por los errores mas detestables de este siglo; y el acto de humildad por medio del cual has hecho renuncia al pacto con la iniquidad, ha llenado de júbilo inefable mi alma, así como el corazon de todos los católicos.

Deseamos, venerable hermano, que nuestra bendicion apostólica sea contigo, como con todos los que combaten la buena lucha, peleando con valor á vuestro ejemplo y por la causa de la fé.»

«M. Maret decano de la facultad de teología, ha dirigido al arzobispo la siguiente carta:

«Paris, 27 de diciembre de 1871.—Los dolorosos acontecimientos de que Paris ha sido teatro en el año último no habian permitido á los señores profesores de la facultad de teología reunirse en sesion general despues del concilio, la facultad ha sido convocada en 27 de diciembre para la redaccion de sus programas y la organizacion de sus cursos.

Su primera resolucion ha sido decidir que antes de la reseña de sus trabajos se redacte un acta en el libro de sus deliberaciones, haciendo constar la adhesion de sus individuos á los decretos del concilio del Vaticano y muy especialmente á la constitucion *Pastor æternus* relativa á la infalibilidad doctrinal del romano pontífice.

La facultad ha suplicado á su decano tenga á bien dar al señor arzobispo de Paris cuenta de esta parte de su proceso verbal.—El decano de la facultad de teología, H. L. C., obispo de Sura.»

Háblase de una carta muy elocuente y conmovedora que monseñor Dechamps arzobispo de Malinas ha escrito al padre Gratry con motivo de la sumision de este eminente eclesiástico á las decisiones del concilio de Roma. Podría ser que el padre Gratry que está ahora en Monireaux, (Suiza), viniese en la próxima primavera á visitar á su ilustre contradictor monseñor Dechamps. Esta visita seria un piadoso y conmovedor epílogo puesto á la célebre polémica que dos años atrás surgió entre estos dos grandes talentos.

Los papeles que ha dejado el conde de Montalembert contienen los mas consoladores testimonios de sus disposiciones á someterse á las decisiones del concilio, cualesquiera que fuesen. Creemos que se publicarán pronto interesantes comunicaciones acerca del particular.

El domingo 7 del actual presencié Madrid uno de esos tiernos é incomparables espectáculos, que á veces concede la misericordia de Dios. En la magnífica iglesia de san Isidro, el *Pastor* protestante de la calle de la Libertad y otros tres individuos dependientes suyos de ministerio que componian aquel conventículo, hacian adjuracion pública, solemne, de todos sus pasados errores, y protestacion de fé y sumision humilde á la doctrina de la Iglesia y á su cabeza visible el inmortal Pio IX. Asistian á la imponente ceremonia el señor obispo de Madrid, el patriarca de las Indias, el señor obispo de la Habana, monseñor Bianchi encargado de la nunciatura y el señor vicario eclesiástico. Allí se veian tambien confundidos con los pobres y los pequeños en cristiana democracia, muchos hombres ilustres de la España católica.

El Sr. Pando visitador eclesiástico de Madrid ofició en la misa solemne, y el Sr. D. Vicente Pastor, que ya ha enido la gloria de ceñir cadenas por la fé, y quien se

debe mucha parte de aquella santa obra, desde la cátedra de la verdad enfervorizó al ya conmovido auditorio en un sermón lleno de elocuencia y de unción cristiana.

Terminado el santo sacrificio de la misa, el señor obispo de Madrid revestido de pontifical recibió á los reconciliados la abjuracion que hacian de sus errores y la protestacion de la fé, clara, entera y terminante.

El suceso que celebramos es un gran triunfo para la Iglesia: es un triunfo para España. Prueba una vez mas que aquí el protestantismo solo puede recoger deshechos, y que lo poco que logra, en cuanto pasa la alucinacion producida por las pasiones, vuelve al seno de la Iglesia y reniega de extranjeras y heréticas sectas.

TERCER ANIVERSARIO

DE LA INSTALACION DE LA SOCIEDAD DE CATÓLICOS.

Escusamos detalles de la fiesta religiosa con que en la mañana de la Epifanía solemnizó la Asociacion de esta ciudad tan fausto recuerdo: la iglesia de S. Nicolás se hallaba adornada con magestad é iluminada con esplendidez y esquisito gusto, la orquesta estuvo bien, la asistencia fué numerosa no solamente de socios sino de personas estrañas de todas clases; y la elocuente voz del señor maestro escuela D. Tomás Rullan, enlazando el ejemplo de la adoracion de los Reyes con la pública que de varias maneras deben á Dios los católicos, singularmente en estos aciagos tiempos, espuso con su habitual lucidez y nervio las obligaciones y la norma de los asociados, conjurándoles á depurar sus palabras y sus actos de toda mira ó pasion humana, mezcla que abomina el Señor como demostró en los mercaderes del templo. En el ornato y resplandor desacostumbrado que se advertia aquella noche en el vasto salon del círculo, en la animada concurrencia que dentro de él se apiñaba rebosando por sus puertas, en las eseogidas sinfonías de la orquesta, en el himno á la Concepcion y en los varios coros cantados por la seccion filarmónica, todo indicaba expansion y júbilo; y hasta en su cordial y sencilla improvisacion el fervoroso Pro. D. Sebastian Font no tuvo mas que afectuosas congratulaciones animándonos á seguir por la empezada senda. Quiera el cielo que correspondamos á sus esperanzas, y que cada aniversario nos halle aumentados mas que en número en fervor, y en buenas obras mas que en brillantes funciones!

En la conferencia de esta noche D. José María Quadrado disertará por tercera vez sobre *los males y remedios de la época*.